

genial de la naturaleza a través de un hombre o una raza. La poesía inglesa que culmina en Shakespeare, ¿se imagina que fue labrada a posteriori de una voluntad concreta de hacer arte inglés? Al momento de crear, probablemente Shakespeare en lo menos que pensaba era en esto. ¿Y en qué pensaba entonces? Nada más que en crear. ¿Y qué se sentía en ese instante?—No inglés ni cosa que lo valga, sino hombre, hombre, hombre! De aquí su grandeza: y lo que se dice de Shakespeare se puede decir de Cervantes y de Sófocles. Aquí aparece un concepto un poco fatalista y determinista sobre la vida del arte. La acción anónima de la naturaleza a través de nuestras manos es enorme, enorme a punto de empequeñecer casi del todo la acción y responsabilidad del hombre individual y del artista. En este punto me viene un recuerdo de la ciencia india. En sánscrito llaman *sutratma* una cosa que en pobre traducción vendría a decir algo como "alma colectiva". Los indios atribuyen a la existencia de esa alma colectiva el papel director y conductor en la evolución de los grupos humanos, y su solo enunciado señala a usted la verdadera significación de nuestro moderno concepto de las nacionalidades, por ejemplo.

Ahora bien, yo debo decir que todavía no veo ese sentido colectivo (*sutrátmico*), racial, por no decir nacional en nuestra América aun demasiado en germen y en estado preparatorio. Las razas autóctonas duermen aun el sueño impuesto por la brutalidad de la Colonia, y las nuevas sangres inmigradas aún no tienen el tiempo suficiente para refundirse étnicamente en el nuevo crisol continental. Entonces, el arte fechado hoy, es lo que debe ser: calco necesario de los viejos modelos occidentales, con la siguiente agravante, que es en el occidente europeo donde to-

da humanidad ha hallado hasta ahora la expresión de lo más perfecto humano posible hasta hoy. Mi impresión es que no iremos más allá en mucho tiempo aún. ¿Querrá decir esto que esos moldes y módulos son insuperables?—No; nada hay insuperable; y muy probablemente es a nosotros, los nuevos viejos de este globo terráqueo, a quienes corresponda alcanzar más de una superación humana. Pero eso vendrá de suyo, se caerá de su peso, como vino y se cayó del cielo ese maravilloso fruto del arte griego u otro análogo. Y cuando llegan a forzarse las cosas y se sueña por un momento que el destino del arte depende exclusivamente de la voluntad individual del hombre, se corre el riesgo de caer en lo que estamos cayendo en América, al tratar de poesía: el calco simiesco de las extravagancias francesas de post-guerra, las cuales extravagancias, por pobreza y anemia momentáneas de la grande Francia, tampoco son otra cosa que la violenta extremación de las geniales extravagancias de un poeta viejo ya: Arthur Rimbaud. Arte americano! Vanguardismo americano! Pero no hay que jugar con las palabras. Fíjese bien, solo se trata del más tonto plagio de las mascaradas de orillas del Sena. Y como hoy junto al Sena no hay talento, como no lo había al día siguiente de la sangría napoleónica, imagínese, Casanovas, lo que resulta hoy el consuetudinario plagio americano. Todavía no hemos acabado de ser grotescos.

En un importante libro que me envía Zum Felde de Montevideo y en el que palpita el ansia del nuevo arte americano, como en todos nosotros, encuentro la nota típica, al tratar de la exaltación americana de Walt Whitman. Según aquel libro, este poeta daría la primera nota de la futura sinfonía del arte americano, sin vinculaciones occidentales y sin antecedentes europeos. Es evidente que